
LA DERIVA DE CIU

El desacato a la Justicia demuestra el temor nacionalista a que se tomen decisiones para que España funcione como un Estado unitario

EL nacionalismo catalán ha acuñado en los últimos días unos discursos que provocan el sonrojo por haber sido pronunciados contra una democracia moderna y respetuosa con los derechos y libertades individuales, como es la española. Las críticas a la reforma constitucional para limitar el déficit público y a las sentencias del Tribunal Supremo que piden corregir el monolingüismo educativo en Cataluña, están descontroladas y han puesto a las autoridades catalanas en una actitud de desafío antidemocrático. Con estos antecedentes se celebró ayer la Diada, en la que se conmemora la versión nacionalista de unos acontecimientos ocurridos hace casi trescientos años, escenificándose así la apariencia de legitimidad histórica de las permanentes reivindicaciones del nacionalismo. Artur Mas, presidente de la Generalitat, criticó la «España excluyente»; y el día antes, el ex presidente Jordi Pujol hizo unas desafortunadas chanzas con la integración de los inmigrantes en Cataluña. Con esa pa-

tente de impunidad que se concede el nacionalismo a sí mismo se ha llegado a la situación en la que desde las instituciones autonómicas y por sus dirigentes, actuales o pasados, se promueve el desacato a las sentencias del Tribunal Constitucional y del Tribunal Supremo; se avivan los resentimientos antiespañoles y se regalan argumentos a la xenofobia. Peligrosa deriva totalitaria en la que se confunde lo catalán con lo nacionalista.

El nacionalismo siempre encuentra una excusa para que las Diadas sean reivindicativas y tengan a España como chivo expiatorio. Cuando no es la balanza fiscal, es el Estatuto de 2006 o, como ahora, la inmersión lingüística. En cada ocasión, el argumento central es una manipulación o una falacia, sublimada en los últimos días a cuenta de la enseñanza en catalán, que, según los nacionalistas, pelagra por culpa de las sentencias judiciales que ordenan incluir la enseñanza en castellano. Nostálgico de un pasado que no fue y frustrado permanentemente con el presente, es una incógnita ese «proyecto de país» al que apela Artur Mas para justificar la insumisión del nacionalismo al Estado de Derecho. Es una lástima que el catalanismo oficialista se comporte año tras año como una ideología inmovilista. El desacato al Supremo, al igual que las múltiples amenazas vertidas —y ninguna cumplida— por la sentencia del TC sobre el Estatuto, o la reacción a la reforma constitucional sobre el déficit, demuestran, en el fondo, el temor nacionalista a que las instituciones del Estado tomen decisiones para que España empiece a funcionar, ahora sí, como un Estado unitario descentralizado en comunidades autónomas. Y nada más.
